consonni

Mer Gómez

Aske

BAT, BI ETA HIRU: HASIERA

la rotonda

Noviembre, 2024

Después de un largo viaje por carreteras de Iparralde, Ane y yo llegamos a su pueblo de Gipuzkoa. En su casa, yo me he ganado un cuarto propio. La última vez que me quedé a dormir fue el día que me doctoré. Ella y yo nos habíamos conocido seis años antes, en Bilbao. Estudiando un máster. En la actualidad, las dos somos doctoras. Ane imparte clases en la universidad y yo pretendo ser escritora. Por eso, ella es un poco menos pobre y yo sigo intentando sobrevivir.

Me gusta tenerla cerca. Habitar su entorno, aprender del contexto sociopolítico que la rodea, juntarme con sus perso-

nas favoritas. Pero, sobre todo, pensar el presente juntas. Poco a poco, he ido haciéndome un hueco entre sus círculos. La Euskal Herria que me ha ido mostrando, a mí, me transmite una energía especial. Viva, nostálgica, indómita. Un poco mágica, también. Su pueblo vasco se ha ido convirtiendo en mi lugar de desconexión. Ane me dice que es como mi isla tropical.

Hace unos meses, le pregunté si me acompañaría como *road-manager* en la gira por el norte de mi primer libro. Ella se moría de ganas y a mí me apetecía vivir esta experiencia juntas.

—Ane, tengo una propuesta. Me voy de ruta con el libro hasta Pirineos pasando por Iruñea. Acabaríamos en Donostia. Voy en mi coche. Hoteles pagados con habitación para dos. Tres días. ¿Te vienes?

—Maitia, cariño, a ver, qué planazo, ¿no? Pues sí. Me encanta.

—¿Sí? ¿Te cierro?

—Sí, sí. Increíble.

Cuando se acercaba la fecha, Ane me preguntó:

—¿Cuál es el plan de estos días?

—Que te recojo pasado mañana y empezamos. Jueves en Iruñea, viernes al Val d'Aran en Lleida y el sábado estamos en tu pueblo para dormir.

—Ondo, bien, vale.

—Habrá que salir de fiesta el sábado, ¿o qué?

—Bai, sí, pero ese finde la gente sale el domingo desde la mañana porque hay cross.

—¿Qué es cross?

—Una carrera popular que se hace todos los años.

—No sé, pensaba irme el domingo, pero lo vemos.

Y aquí estamos, volviendo de la aventura. Es mi único fin de semana libre del mes. Octubre ha sido agotador. Para el activismo intersex, octubre y noviembre son meses importantes de reivindicación. Demasiadas actividades, demasiada demanda por parte de las instituciones. Mira que es largo el año. Necesito descanso, parar un poco. Últimamente no dejo de repetírmelo. Pero no lo hago. Y así voy, de un lado a otro, lidiando con esta ansiedad que me acompaña y buscando el equilibrio. Esta vez, en el pueblo de Ane. Tomándome unos vinos en la terraza del bar Jalgi, sentada junto a las de su kuadrilla.

–Kaixo, neskak, aspaldiko! Hola, chicas, ¡cuánto tiempo!

–¡Hombre! Aspaldiko, Lur! ¡Cuánto tiempo, Lur!

–Zemuz? Zemuz, Ane? ¿Cómo estáis? ¿Cómo estás, Ane?

–Ondo, zu? Bien, ¿tú?

–Ondo, betiko martxan. Zein da bera? Bien, como siempre. ¿Quién es ella?

–Bera Lola da, nire Gastelako laguna. Ez duzue elkar ezagutzen, ez? Ella es Lola, mi amiga castellana. No os conocéis, ¿no?

– Ke ba, ez. Qué va, no.

–Telefonoz hitz egiten bukatzen duenean, aurkezten dizut. Cuando deje de hablar por teléfono, te la presento.

–Bai, lasai. Sí, tranquila.

Mientras tiene lugar esta conversación en euskera, yo escucho un audio de trabajo con la cabeza metida entre las piernas. Mi larga melena me tapa la cara. Al levantar la cabeza hacia la mesa, me cruzo con la mirada de una mujer desconocida. Tiene unos ojos enormes, de color verde. Una sonrisa preciosa y un *piercing* en el labio inferior. Viste *leggings* negros, zapatillas Merrell y una sudadera negra con capucha que le cubre

el pelo, moreno y corto. Qué guapa. Es bollera fijo. Viene de limpiar el local donde escala de vez en cuando. Cuando Ane ha dicho su nombre, he recordado que, en alguna ocasión, me había hablado de una amiga suya que era deportista profesional.

–Kaixo, hola, soy Lola. Perdona, que estaba con el móvil.

–Qué bien huele.

–Kaixo, ni Lur. Lasai. Hola, yo Lur. Tranquila.

–Ah, ¿tú eres la futbolista?

–Era, baina bai, pero sí.

–Yo soy de la kuadrilla, pero no nos conocíamos. Ja, ja.

–Ja, ja. ¿Ah, sí, eh?

–Encantada.

–Bai, plazer bat! Sí, un placer.

No estuvo mucho rato. Lur llegó, se sentó cinco minutos a saludar, me miró un par de veces de reojo, me preguntó si me quedaría al cross y se marchó. Visto y no visto.

*

–Tengo una crush, Ane.

–¡Quééé! Pero qué dices, ¿con quién?

–¿Con quién crees? Creo que es la más guapa de tu kuadrilla.

–¿La más guapa? A ver, ¿con quién hemos estado? ¿Maitane? ¿Maider? ¿Iraia?

–No.

–¡Ay, ama! Lur.

–Buah, he sentido una conexión. Como una cosita graciosa, un poco hot. Es muy atractiva, ¿no? Vaya mirada tiene.

–Bai, sí. Lur es muy atractiva. Pues creo que está soltera.

–A ver, que sin más. Estoy con la bobada.

–Bai. Ya sé. Lasai.

Al día siguiente, el del cross, yo me levanté un poco cansada. Sin ganas de irme, pero consciente de que tenía que volver a viajar dos días después por trabajo y de que sería la opción más sana. Mi cuerpo necesitaba descanso. A las once había quedado para desayunar con mi directora de tesis, que vive en el mismo pueblo. Después de eso, me iba. Pero decidí quedarme un poco más. El ambiente era propicio. Las calles estaban llenas de gente. El noventa por ciento, corriendo. La kuadrilla de mi amiga Ane pertenecía al diez restante. Son más de salir a potear, a beber, que de correr. Y yo, que empezaba a mimetizarme con el entorno, decidí aguantar un rato. Algo rápido y me voy.

–¿Te quedas, Lola? –me dijo Ane.

–No debería. Voy a pedir. ¿Queréis algo?

–Ey, kaixo, no te has ido. Ondo. Bien –me dijo Lur que, de repente, apareció de la nada.

–Todavía no, me quedo a tomar un zurito. Voy a pedir con Ane, ¿quieres algo? –le dije nerviosa, pensando en la conversación de la noche anterior con mi amiga.

–Bai, mesedez. Sí, por favor. ¿Me pides una tortilla y un vermut? ¿Pagas tú, Ane? –le dijo Lur a Ane, y entramos al bar.

–Yo pago, Ane, no te preocupes –le dije en la barra del bar.

–Ja, ja. Venga, para tu crush.

–Cállate, tía. Que me pongo nerviosa.

Cuando salimos, Lur nos espera con el grupo en una de las mesas situadas en la calle, justo a la entrada del bar.

–Eso es una caña, no un zurito. ¿Te quedas, entonces? –dice Lur entre risas.

–Ya, ya sé. No, me tomo esto y me voy.

–Lola se queda –le dice Ane a Lur.

–Bai, noski. Sí, claro. Que vamos a ir a comer costillas.

–Me estáis liando. Pero, si me quedo a comer, después me marcho.

Igual el *crush* es un poco mutuo. Siento una conexión por la otra parte. O sea, como que se acerca y me acerco. Qué sensación más inusual para mí.

Después de unas rondas, cambiamos de bar y mi *crush* empieza una conversación con Ane. Yo escucho, un poco alejada, cómo le pregunta por mí. Hablan en euskera. Algo sobre mi libro, algo de que si soy escritora; que quién soy yo. Mientras, intento tener una conversación con Jaione, otra amiga de Ane que también acabo de conocer. Acaba de volver a vivir a su pueblo vasco. Intento centrarme. Pero no lo consigo. Encima, resulta que Jaione conoce mi pueblo. Yo solo quiero posponer la conversación. Ane y Lur siguen hablando y yo me pierdo. De repente, Jaione golpea la mesa con la pierna y se derrama un poco de cerveza.

–¿Alguien se ha mojado? –pregunta Jaione.

Igual yo estoy un poco mojada, pero no ha sido por la cerveza. Este pensamiento no lo voy a compartir en voz alta. Aprovecho la situación para cambiarme de sitio. La busco con la mirada. Entonces, Lur se adelanta y me toca el brazo.

–Lola, que me ha contado Ane que eres escritora.

–Sí, bueno. –Me cuesta decir: soy escritora.

–Quiero comprarte un libro. A ver, yo no leo mucho, pero me apetece.

–Wow, ¿en serio? Pero que no hace falta, de verdad.

–Sí, sí. ¿Tienes aquí?

–Tengo en el coche, pero, en serio, que da igual.

Me puse nerviosa y me salieron coloretes. Coloretes, en euskera, se dice musugorriak.

Nuestro diálogo fue breve, teníamos que ir a comer a uno de los restaurantes del pueblo, Los Riojanos, donde habían reservado mesa. Ellas estaban contentísimas porque había costilla. Yo no estaba muy emocionada con la idea. Pero no lo iba a decir.

Obviamente, Lur y yo nos sentamos una al lado de la otra. No sé si lo he buscado yo, si ha sido un poco ella, o si hemos sido ambas. Quizás ha sido una coincidencia tonta. Pero ahí estábamos, codo con codo, comiendo costillas de vaca poco hechas. Me da asco comer vaca cruda. Así que me sirvo un filete cualquiera, sin mirar. Finjo estar contenta. Qué rico. Estoy un poco borracha.

No paramos de reír, de bromear. Que si a mí tampoco me gusta como está la carne, que si toma un trozo un poco más hecho, que si no te preocupes, que si no estás comiendo, que si quieres un vaso de sidra, que si prefiero vino tinto, que vaya *piercing* tienes en el labio, que te lo quiero comer cada vez que te mueves.

—¿Podemos dejar de coincidir en todo? —me dice Lur.

Las de su kuadrilla nos miran. Parece que la conexión que tenemos está haciéndose notar más de lo que pensamos. La conversación fluye, las risas aumentan, los vinos siguen cayendo y el tonteo empieza a ser evidente. Y yo, siendo yo, grito en alto: «Ane, yo creo que hemos hecho *match*». Ahora sí, por si alguna de las otras siete no se ha enterado.

Salimos del restaurante, toca ir a por el libro. Ese que yo le había prometido a Lur y que ella, sin ser nada de eso, había decidido comprar. Jaione también quiere uno y se apunta a venir con nosotras. Pero Maitane, entre cuchicheos, le dice algo y decide no acompañarnos. «No, mejor luego me lo traéis.» No se ha notado nada.